



Dos cuentos breves de Frederic Brown

Traducción de Jairo A. Sánchez Galvis*

Introducción.

Fredric Brown (1906-1972) es considerado uno de los más ingeniosos escritores americanos de misterio, aunque también escribió historias de ficción científica, al igual que obras para la serie de televisión de Alfred Hitchcock.

Fredric Brown nació en Cincinnati, Ohio. Cursó estudios en la Universidad de Cincinnati, y en el Hanover College, Indiana. Desde 1924 hasta 1936 fue un empleado de oficina y luego corrector de pruebas para el Milwaukee Journal.

Brown comenzó su carrera como escritor publicando historias para algunas revistas. Su primer libro completo de narraciones de misterio fue *The Fabulous Clipjoint*, que apareció en 1947 y ganó un premio "Edgar" por la mejor novela de "Mystery Writers of America". Sirvió como lanzamiento a sus series de detectives, Ed and Am Huster. Después de 1947 Brown se convirtió en un escritor de tiempo completo. Entre sus trabajos más conocidos está *The Screaming Mimi* (1949), que fue llevada a la pantalla en 1958, y dirigida por Gerd Oswald. Brown murió el 11 de marzo de 1972.

Se presentan dos cuentos en los que los personajes se sienten impotentes ante el destino y tienen que actuar de acuerdo con las imposiciones de otros. En el primer cuento, *El aficionado*, un hombre intenta comprar veneno indetectable. Brown se caracteriza por un humor satírico que hace reflexionar al lector, especialmente en el caso de su cuento *El solipsista*, en el cual W.B. Jehová se ve enfrentado a una cuestión existencial. Los originales fueron tomados de una antología de QUEEN, D.: *Configurations*, 1982. English

Teaching Division, Educational and Cultural Affairs.
Washington, D.C.

EL AFICIONADO

-Escuché un rumor -dijo Sangstrom-que dice que usted--... Giró su cabeza y miró alrededor para estar absolutamente seguro de que él y el boticario estaban solos en la pequeña farmacia. El boticario era un hombre pequeño, encorvado y con apariencia de gnomo y podía tener cualquier edad entre los cincuenta y los cien años. Estaban solos, pero en todo caso Sangstrom bajó la voz... que dice que usted tiene un veneno completamente indetectable.

El farmacéutico asintió. Salió del mostrador y cerró la puerta principal del negocio, luego caminó hacia el vano de la puerta detrás del mostrador. -Iba a tomar una taza de café -dijo. Venga conmigo y tómese una.

Sangstrom lo siguió por detrás del mostrador y pasó la puerta hacia una habitación rodeada por estantes llenos de botellas desde el suelo hasta el techo. El boticario enchufó una cafetera eléctrica, cogió dos tazas y las colocó sobre una mesa que tenía una silla a cada lado. Le indicó a Sangstrom que tomara una de ellas y se sentó en la otra. -Ahora -dijo- cuénteme a quién quiere matar y por qué.

-¿Acaso importa? -preguntó Sangstrom. No es suficiente con que yo pague por...

El farmacéutico lo interrumpió levantando la mano. -Sí, importa. Debo estar convencido de que merece lo que yo le puedo dar. De otro modo-. Se encogió de hombros.

-Está bien -dijo Sangstrom. El *quién* es mi esposa. El *porqué*-. Comenzó la larga historia. Antes de que hubiera terminado, la cafetera había acabado su trabajo y el boticario lo interrumpió brevemente para alcanzar el café. Sangstrom concluyó su historia.

El pequeño farmacéutico asintió. -Sí, ocasionalmente preparo un veneno indetectable. Lo hago gratis. No cobro por él si creo que el caso lo merece. He ayudado a muchos asesinos.

-Bueno, -dijo Sangstrom- entonces démelo por favor.

El boticario sonrió. -Ya lo hice. Para cuando estuvo el café había decidido que usted lo merecía. Era, como le dije, gratis. Pero hay un precio por el antídoto.

Sangstrom palideció. Pero ya había anticipado -no esto sino la posibilidad de una traición o alguna especie de chantaje. Sacó una pistola de su bolsillo.

El pequeño farmacéutico dejó escapar una risita. -No se atreva a usar eso. ¿Puede encontrar el antídoto -señaló los estantes- entre esas miles de botellas? ¿O quizás encuentre un veneno más rápido y virulento? O si cree que estoy mintiendo, que en realidad no está envenenado, adelante, dispare. Sabrá la respuesta dentro de tres horas cuando el veneno empiece a hacer efecto.

-¿Cuánto quiere por el antídoto? -gruñó Sangstrom.

-Una suma razonable, mil dólares. Después de todo, uno tiene que vivir de algo; incluso si su afición es impedir asesinatos, no hay razón por la cual no pueda sacar dinero de ello, ¿o sí?

Sangstrom refunfuñó y bajó la pistola, pero la dejó al alcance de la mano y sacó su billetera. Tal vez después de tener el antídoto todavía podría usar esa pistola. Contó mil dólares en billetes de cien y los colocó sobre la mesa.

El boticario no intentó levantarlos inmediatamente. Dijo: -Y otra cosa -por la seguridad de su esposa y la mía. Escribirá una confesión de su intención - intención que ya no tiene, creo- de matar a su esposa. Luego esperará a que yo vaya y la envíe por correo a un amigo mío en el departamento de homicidios. Él la guardará como evidencia en caso de que alguna vez *decida* matar a su esposa. O a mí, en realidad.

-Cuando la carta esté en el correo, podré regresar con tranquilidad aquí y darle el antídoto. Le alcanzaré lápiz y papel. Ah, otra cosa - aunque en realidad no insisto en ello. Por favor ayude a esparcir el rumor sobre mi veneno indetectable, ¿quiere? Uno nunca sabe, señor Sangstrom. La vida que se salva, si uno tiene algún enemigo, puede ser la propia.

EL SOLIPSISTA

Walter B. Jehová, por cuyo nombre no pido disculpas, pues en realidad ese *era* su nombre, había sido un solipsista toda la vida. Un solipsista -por si acaso no conoce la palabra- es alguien que cree que él es la única cosa que realmente existe, que las demás

personas y el universo en general sólo existen en su mente y que si dejara de imaginárselos dejarían de existir.

Un día, Walter B. Jehová se convirtió en solipsista practicante. En una semana su esposa se había fugado con otro hombre, había perdido su empleo de funcionario en una agencia de envíos y se había roto una pierna corriendo tras un gato negro para evitar que se cruzara en su camino.

Convaleciente en una cama de hospital, decidió acabar con todo.

Miró a través de la ventana, fijó la vista en las estrellas, deseó que dejaran de existir y ya no estaban allí. Luego, deseó que todas las demás personas cesaran su existencia y el hospital se tornó extrañamente callado, incluso para un hospital. Después, deseó que el mundo desapareciera, y se encontró suspendido en un vacío. Se deshizo de su cuerpo casi con la misma facilidad y luego dio el paso final de desear que él mismo no existiera.

Nada sucedió.

-¡Qué extraño! -pensó. ¿Puede haber un límite para el solipsismo?

-Sí -dijo una voz.

-¿Quién eres tú? -preguntó Walter B. Jehová.

-Yo soy quien creó el universo que tú acabas de desaparecer con tu deseo. Y ahora has tomado mi lugar. Hubo un profundo suspiro.
-Al fin puedo abandonar mi propia existencia, encontrar el olvido y dejarte a cargo.

-Pero, ¿cómo puedo yo dejar de existir? Es lo que estoy tratando de hacer, ¿sabes?

-Sí, ya lo sé -dijo la voz. Tienes que hacerlo de la misma manera que yo lo hice: Crea un universo. Espera a que alguien en verdad crea lo que tú creíste y desee que ya no exista. Luego te puedes jubilar y dejar que él tome tu lugar. Adiós.

Y la voz desapareció.

Walter B. Jehová estaba solo en el vacío y únicamente había una cosa que podía hacer: Creó el cielo y la tierra.

Tardó siete días.

* Datos del traductor:

Jairo A. Sánchez Galvis

Licenciado en Filología e Idiomas, Universidad Nacional de Colombia.

Especialista en Traducción, Universidad Nacional de Colombia.

Ha trabajado como docente en la Universidad Nacional de Colombia en las áreas de traducción, semántica de la lengua inglesa, pragmática y lingüística española. En este momento es Lector de español en el Departamento de Lenguas, Lingüística y Literatura de la University of the West Indies, Cave Hill Campus, Barbados. También está escribiendo *Un Manual de Traducción para el Caribe*, junto con el Doctor Ian Craig. Dirección de correo electrónico jasan1975@yahoo.com

© de la traducción Jairo A. Sánchez Galvis 2003

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](http://www.biblioteca.org.ar). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

